



SER MÉDICO...

Ser médico... Reflexiones de una cincuentona

Being a physician... Thoughts of a woman in her fifties



Introducción

Siempre quise ser médico, y ahora, casi 30 años después de empezar a trabajar, me enorgullezco de reconocer, que no me he arrepentido ni un solo día de la decisión que tomé el día en el que decidí estudiar medicina. Sin embargo, en estos días en los que mi hija dice que quiere ser médico y, que al igual que me pasó a mí, dice que no se le ocurre ninguna otra alternativa, me planteo si merece la pena tanto esfuerzo. Recuerdo ahora las interminables horas de estudio, las lágrimas cuando se mueren tus primeros enfermos, las noches de guardia sin dormir, el sufrimiento que te llevas a casa muchos días después del trabajo y, realmente no sé si quiero que mi hija pase por ello. Miento: lamento que tenga que pasar por ello, porque he de confesar que me hace mucha ilusión que sea médico. Pero, por favor, ¡que sea médico de verdad! Me duele, y mucho, que hoy en día la valoración que se hace de nuestra actividad profesional sea solo un conjunto de números: número de comunicaciones a congresos, número de publicaciones, número de ensayos clínicos en los que has participado, número de clases que has impartido, número de cursos de

formación a los que has asistido... ¡Horror! ¿Qué fue del enfermo?

No voy a escribir un panfleto destructivo sobre la investigación, porque a mí también me gusta publicar, ir a congresos, hacer cursos de formación, dar clase y participar en ensayos clínicos. Sin embargo, tras leer el artículo titulado «Ser médico... y hacer el Camino de Santiago» escrito por mi amigo Alfredo Michán¹, pienso que puedo ocupar un poco de vuestro precioso tiempo, e invitaros a reflexionar, al igual que hace él, sobre las pequeñas cosas de la vida y sobre la realidad de esta maravillosa profesión que todos compartimos.

Material, métodos y resultados

Os voy a explicar, de momento, que es lo que ha hecho que me ponga a escribir sobre lo que significa hoy ser médico. Como he dicho, mi hija quiere estudiar medicina y además le encantan las series de médicos (sí, esas que no tienen nada que ver con la realidad) como «Hospital Central» o «Anatomía de Grey». Yo, por principio, siempre he dicho que no veo programas ni series de médicos², pero cuando mi hija ve Anatomía de Grey hay días que me siento con ella y, entre aventura y aventura de los protagonistas, comentamos las enfermedades que padecen los pacientes que acuden al hospital de Seattle en el que se desarrolla la serie. Bueno, pues el otro día veíamos un capítulo en el que estaban en el quirófano los más insignes cirujanos del hospital, interviniendo no me acuerdo en que parte de su maltrecho cuerpo a un politraumatizado. En mitad de la intervención, el paciente comenzó a tener graves problemas en la mesa del quirófano y presentó algo parecido a un shock. Los cirujanos pensaron que tenía una hemorragia abdominal y se dispusieron a hacer una laparotomía urgente. Entonces un estudiante «rotante» que estaba observando la operación dijo: «¿Alguien sabe como tiene el potasio?». Con escepticismo y condescendencia le miraron todos y el dijo: «es que antes de chocarse he visto en el monitor que tenía aplanamiento de la onda T con depresión del ST y onda U y, en clase nos han dicho que eso puede ser debido a una hipopotasemia que se corrige admis-

nistrando potasio». Por supuesto le administraron potasio y la situación de emergencia pasó, librándose el paciente de una laparotomía innecesaria.

Probablemente, está muy novelado en la serie y, yo lo he contado mal porque ya no me acuerdo bien de cómo fue, pero seguro que entendéis lo que quiero decir. De nada sirve tener un quirófano estupendo con los mejores cirujanos si no sabemos cuál es el problema que tiene el paciente. De nada sirve escribir, y escribir, y publicar si nadie valora lo que es atender de forma correcta a un enfermo. De nada sirve que cuando alguien hable bien de un médico lo haga refiriéndose a todo lo que ha escrito. Pocas veces he oído a alguien decir de otro: es un médico fantástico, tiene un ojo clínico maravilloso, hace unos diagnósticos diferenciales brillantes, los enfermos están muy contentos con él, hace unas historias clínicas muy buenas... ¿Qué es todo eso?

Hoy en día, cuando hasta el Dr. Google nos lleva la contraria y hace que nuestros enfermos discutan los diagnósticos, que a veces con mucho esfuerzo hacemos, solo nos queda comportarnos como médicos de verdad, para que la medicina no sea una carrera de números ni un concurso de escritura. De nuevo insisto, no penséis que esto es un desprecio a la investigación médica. La medicina es lo suficientemente amplia como para que trabajando en equipo, podamos dar todos lo mejor de nosotros mismos, podamos escuchar, atender y tratar a los enfermos sin perder el norte y sin levantarnos todas las mañanas pensando en que voy a publicar hoy o que factor impacto tiene la última revista a la que voy a enviar una mini-serie de 3 casos de algo muy raro. Los médicos del mañana y los residentes del hoy nos lo agradecerán.

Conclusiones

Repite, siempre quise ser médico y no me arrepiento de ello. Sin embargo, estoy desilusionada, a veces incluso «quemada», y me duele pensar en la medicina que se va a encontrar mi hija, si es que consigue entrar en la Facultad. Me molesta profundamente la injusta forma en la que se

valora nuestra actividad profesional: pocas veces se puntúa cómo se atiende a un enfermo, cómo se hace una historia clínica o cómo se pone un tratamiento. Dejémonos de tanto número, no veamos a los pacientes como material y métodos y formemos equipos en los que sea agradable trabajar. He de deciros, que tengo un buen *curriculum vitae*, con tesis doctoral y múltiples publicaciones (tenía que decirlo, os recuerdo que no tengo nada contra la investigación), pero cuando se hace referencia a tanto número, hay algo que siempre me gusta decir: «si hubiera querido ser escritora en vez de médico, hubiera estudiado otra carrera y me hubiera dedicado a escribir, que modestia aparte, tampoco se me da tan mal».

Sirva esta reflexión también de homenaje a mi siempre admirado y querido Antonio Gil Aguado, que por supuesto está vivo y trabajando (es entonces cuando hacen ilusión los homenajes, y no cuando estás muerto, que no te enteras). Es la persona que guió mis inicios en la medicina y que cuando empecé el MIR en el Hospital La Paz me enseñó a escuchar a los enfermos, a explorarlos y a ser alguien en quien ellos confían. Es la persona que me enseñó a disfrutar con mi trabajo, a escribir las cosas que pueden ser importantes y a olvidarme de las nimiedades. Es la persona que me obligó a no tirar nunca la toalla, a no olvidar que el enfermo es lo primero por lo que hay que luchar cada día y a preguntar siempre: «¿Alguien sabe como tiene el potasio?»

Bibliografía

1. Michán A. Ser médico... y hacer el Camino de Santiago. *Rev Clin Esp.* 2011;211:600-3.
2. Valencia ME. Medicina y televisión: historia de un diagnóstico. *Med Clin (Barc.)*. 2005;125:77.

M.E. Valencia Ortega
Servicio de Enfermedades Infecciosas, Hospital Carlos III,
Madrid, España
Correo electrónico: evalencia.hciii@salud.madrid.org